

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

JOSEPH PAYNE BRENNAN

DIARIO DE UN HOMBRE LOBO

El siguiente documento se expone aquí al escrutinio público con ninguna intención de sensacionalismo barato, sino simplemente para servir como una advertencia para aquellos que puedan verse sujetos a impulsos perversos y atávicos, los cuales, estamos convencidos, se originan en el Pozo del Infierno. Todos esos impulsos diabólicos deben ser descartados instantáneamente de la mente. La criatura inefable cuyo diario sigue a continuación se entretuvo con tal impulso, jugó con él y finalmente cedió a él. Ninguna palabra nuestra podría describir adecuadamente el horror subsiguiente. El diario de este monstruo salvaje es más que adecuado para ese fin.

4 de abril de 1958: Ahora estoy bien instalado en Hemlock House. La zona me conviene. La antigua casa de labranza de piedra, rodeada por un bosque de imponentes abetos, se encuentra en una región salvaje y desolada, no lejos del pueblo de Juniper Hill. Trescientas hectáreas de bosques profundos, pantanos sin senderos y campos cubiertos de maleza rodean la casa. Tendré mucho espacio para deambular sin invadir la tierra de mis vecinos. Apenas puedo esperar para salir y recorrer estos bosques solitarios. ¡Será tan relajante!

6 de abril de 1958: La casa está ahora en orden y muy pronto comenzaré a explorar mis posesiones. Pero debo descansar primero por un día o dos. Vine aquí por consejo de mi médico. Me advirtió que mis muchas «disipaciones» conducirían inevitablemente a la ruina física y mental a menos que aminore el paso y descansara más. Ignoré su consejo hasta que comencé a tener horribles pesadillas y luego desmayos reales. En ese momento me alarmé por completo y decidí que, después de todo, mi querido y anciano doctor podría tener razón.

No fue fácil dejar mi pequeño harén en Nueva York, y echo de menos las sesiones de heroína (¡uno tiene esas visiones!), pero estoy seguro de que me adaptaré. Hay algo en esta región que ya me intriga: tiene aspectos primitivos, crudos y salvajes que inexplicablemente me atraen. ¡Qué cambio respecto de «la jungla de neón»!

8 de abril de 1958: Pasé casi un día entero merodeando por la espesura del bosque. Me siento descansado y, sin embargo, extrañamente emocionado también. ¡Me gusta la luz fría de estos bosques, las sombras, el silencio, la constatación de que albergan a no pocos cazadores cuadrúpedos tras la pista de sus presas! Puedo imaginar que, de

otra manera, aceché a través de tal desierto hace miles de años. La idea de eso de alguna manera me emociona. ¡Qué extrañas fantasías me encuentro imaginando!

11 de abril de 1958: He estado afuera durante dos días con un clima frío y lluvioso. Estas grandes y sombrías extensiones de bosque son como un imán que me atrae irresistiblemente. Ni siquiera llevo un arma y, sin embargo, siento que soy uno de los cazadores. ¡Qué absurdo!

13 de abril de 1958: Ayer conduje hasta Juniper Hill en busca de suministros. Un típico pueblecito aburrido y somnoliento. Me sentía extrañamente incómodo en presencia de esta gente del campo. Sentí animosidad hacia ellos, casi odio. Qué vidas más estúpidas deben llevar. ¿Y por qué me miran como si tuviera dos cabezas? Soy un tonto por dejar que me molesten. Y, sin embargo, tengo un impulso perverso de convertir sus vidas en una pesadilla.

16 de abril de 1958: Hay una extensión profunda de bosque de pinos que me atrae especialmente. Está tan oscuro y silencioso bajo esos árboles. Las agujas de pino caídas de muchas décadas amortiguan todo sonido. Paso horas allí; es tan tranquilo. A veces me tumbo escondido detrás de un árbol y miro para ver si pasa algo. ¡Yo también, me digo, soy uno de los cazadores!

20 de abril de 1958: Debo alejarme del pinar. Hace dos días, mientras merodeaba por ese lugar sombrío, de repente me sentí casi abrumado por el impulso más extraño. ¡Quería ponerme en cuatro patas y correr por el bosque como un animal! Por supuesto que no lo hice. Llegué rápidamente a casa y saqué la botella de brandy. Finalmente me fui a la cama un poco borracho.

22 de Abril de 1958: La pasada noche he soñado que corría por el pinar como un lobo, a la caza de presas. Me estremecí cuando desperté y recordé, pero lo que realmente me asustó es que no experimenté miedo ni repulsión durante el sueño en sí. ¡Experimenté, más bien, una sensación de euforia!

26 de abril de 1958: Hoy, después de tres días de tensión e inquietud, regresé al pinar. Mientras me deslizaba bajo los árboles mi sueño parecía más vívido que nunca. Después de muchas dudas, decidí que podría ser divertido, y ciertamente no dañino, representar el sueño, al menos la idea general del mismo.

Buscando el lugar más oscuro y aislado disponible, me puse en cuatro patas y comencé a caminar sobre los montículos de agujas de pino. Al principio parecía absurdo e incómodo. Estaba a punto de levantarme, pero muy rápidamente mis sentimientos cambiaron.

Como en el sueño, sentí una súbita sensación de júbilo, de liberación de todo tipo de ataduras. Parecía convertirme en una entidad diferente. Corrí más rápido, mientras

impulsos repentinos y salvajes flameaban en mi cerebro. ¡Conocí por fin la alegría pura y despiadada del cazador! Anhelaba ver a alguna criatura más pequeña y acobardada a la que pudiera perseguir, alcanzar y destrozar. Di brincos hasta que el cansancio me venció; luego volví a casa tambaleándome y pasé el resto del día bebiendo brandy. Escribo esto con mano temblorosa. Mi experiencia en el pinar no debe repetirse. Juro que me mantendré alejado.

28 de abril de 1958: Estoy exhausto mientras escribo esto, pero debo tratar de llevar un registro de lo que me está pasando. A pesar de mi resolución, volví al pinar maldito y corrí bajo aquellos árboles negros como una fiera salvaje, ¡en cuatro patas, gruñendo y mordiendo a no sé qué!

¡Mi propia identidad parecía mezclada con la de una cosa demoníaca, una cosa que buscaba su alegría en la caza, en el desgarrar de gargantas, en el chorro de sangre fresca!

Me siento aterrorizado, pero impotente. Oh, Dios, ¿es posible que la heroína haya dañado mi cerebro? ¿Inflamado, tal vez, ciertas células cerebrales que a su vez han desencadenado impulsos atávicos, enterrados pero aún latentes? ¿O es una maldición hereditaria que finalmente se ha apoderado de mí? Siempre supe que tenía los brazos anormalmente largos: ¡eso es lo que me permite correr tan bien en cuatro patas! ¿Qué puedo hacer? Debo alejarme. Sí, mañana me iré.

30 de abril de 1958: ¡Escribo esto con terror! La cosa tiene un dominio sobre mí que no puedo romper. Estaba empacando esta mañana, listo para partir, y luego miré por la ventana hacia la silueta del bosque de pinos, verde negruzco en el horizonte cercano. Dejé mis maletas en el pasillo; media hora después corría en cuatro patas bajo aquellos grandes árboles silenciosos. Volví arrastrando los pies, horas más tarde, y me derrumbé en mi cama.

3 de mayo de 1958: Ahora me he controlado. No quiero decir que haya vencido el impulso de correr en cuatro patas por el pinar. Pero he decidido sacar lo mejor de la situación, ser filosófico al respecto. Si no puedo reprimir el impulso, he decidido que también podría disfrutarlo.

Tal vez sea simplemente un trastorno temporal que seguirá su curso.

9 de mayo de 1958: El problema con el bosque de pinos es que en realidad no alberga muchas presas. Es quizás demasiado aislado. Puedo aventurarme en las áreas menos arboladas más cercanas a los campos abiertos. Mis palmas están bastante callosas y puedo saltar a gran velocidad.

Ya no estoy sorprendido. Siento una sensación de liberación, de altísimo júbilo, de alegría pura, salvaje y prístina. Mientras corro soy un animal salvaje (que todos somos

esencialmente), las preocupaciones se vuelven inexistentes. Vivo completa y plenamente en el momento. Siento que me he adaptado completamente. Ahora debo empezar a cazar...

11 de mayo de 1958: Mi primer intento serio de caza terminó en un episodio ridículo.

Mientras acechaba a través de un parche de grandes helechos que florecen en el rico suelo debajo de estos árboles de hoja perenne, me encontré con un cachorro de oso negro. Se detuvo, sorprendido, me miró fijamente por un momento (cara a cara; yo estaba en cuatro patas igual que él) y luego retrocedió. Me puse en cuclillas y solté una carcajada salvaje. Esto pareció aterrorizarlo absolutamente; huyó.

14 de mayo de 1958: Finalmente comencé a cazar en el terreno más abierto adyacente al oscuro bosque de pinos, pero incluso allí solo me encontré con la frustración. No he descubierto más que conejos, y estos son totalmente incapaces de atrapar. Son demasiado pequeños y los pierdo de vista entre la maleza. Sin embargo, ¡me emociono con el papel de depredador!

17 de mayo de 1958: ¡Oh, Dios, ha sucedido, como yo temía que sucedería, como sabía que sucedería!

Ayer, un día oscuro, nublado, con amenaza de lluvia, estaba merodeando en un pequeño bosque de abedules a bastante distancia del bosque de pinos. Una franja de este bosque, como un delgado dedo de árboles, sobresale casi hasta el borde de un camino de tierra. Para divertirme, me deslicé a través de esta franja de árboles, manteniéndome bien escondido, y miré hacia el camino. A escasos diez metros de este sendero poco transitado, una anciana se apresuraba cargando un saco de algo. Seguía mirando al cielo, como si temiera que la lluvia la atrapara.

Mis ojos se clavaron en ella, y un temblor se apoderó de todo mi cuerpo. Miró una vez por encima del hombro, nerviosa, y siguió adelante.

Puedo decir honestamente, en mi propia defensa, que al principio solo pretendía asustarla. ¡Lo juro! Cuando se acercó, rompí deliberadamente algunas ramitas secas sobre las que descansaban mis palmas y comencé a gruñir. Miró hacia los árboles, sobresaltada, y mientras yo seguía gruñendo más fuerte, el miedo se apoderó de ella.

Dejó caer el saco y echó a correr. Una niebla roja pareció moverse ante mis ojos. Sin una voluntad consciente por mi parte, salté de los árboles en cuatro patas, al camino, tras ella. Se volvió una vez más y el terror convirtió su rostro en una máscara gris. Paralizada por el miedo, se quedó inmóvil, con la boca abierta, incapaz incluso de gritar.

Salté sobre ella, arrojándola a la tierra. Un instante después, mis dientes se habían

cerrado en su garganta. Mordí salvajemente. La sangre brotó en mi cara. Es poco lo que puedo recordar después de eso. La sangre me llevó a un frenesí absoluto.

Escuché un gruñido vicioso que parecía tener su origen en el aire que me rodeaba. Apenas puedo creer que salió de mi propia garganta. Finalmente la niebla roja se disolvió.

Enmascarado con sangre, me encontré agazapado sobre el cuerpo de la anciana. Su cabeza había sido casi cortada. Su rostro estaba tan desgarrado que era irreconocible.

Deslizándome en el bosque de abedules, busqué un estanque cercano donde me lavé la sangre de la cara. Manteniéndome entre la maleza y los campos, regresé a Hemlock House, quemé mi ropa y me derrumbé en la cama. Yací durante horas en un estado de agotamiento, sin apenas la energía para mover una extremidad. Estaba completamente vacío de todas emoción. No sentí remordimiento, ni horror, nada en absoluto.

Solo ahora, mientras escribo estas palabras, puedo ver lo horrible del asunto en su perspectiva adecuada. Debo confesar a las autoridades o matarme.

19 de mayo de 1958: Esta mañana conduje hasta Juniper Hill. Los nativos todavía se ven afectados cuando se menciona a la anciana, Alberta Bates. Expresé simpatía. Ni una pizca de sospecha se adhiere a mí. Están culpando a alguna bestia salvaje del bosque. Algunos mencionan un oso (informé haber visto uno), otros un lobo.

El invierno pasado, dicen, fue inusualmente severo. Se cree que los lobos hambrientos pueden haber bajado de Canadá y que algunos todavía están aquí. Bueno, ahora estos idiotas tienen algo de qué hablar. ¡El tedio de sus días por fin ha sido interrumpido!

Me siento absolutamente seguro. El camino, aunque de tierra, estaba tan compactado que no se pudieron encontrar huellas de ningún tipo. Intentaron con perros, pero no llegaron a ningún lado porque una fuerte lluvia había caído varias horas antes de que alguien encontrara el cuerpo de la pobre anciana.

He decidido no rendirme ni destruirme. Después de todo, ni siquiera fue un asesinato, en el sentido más verdadero. Realmente no hubo premeditación. Fue hecho por impulso, un acto horrible pero irreflexivo, no planeado. Mi propia destrucción no podría ser de ayuda para la anciana ahora.

Me mantendré fuera de peligro y todo el asunto pronto será olvidado. Debo permanecer calmado y desapasionado.

25 de mayo de 1958: He vuelto a salir, corriendo en cuatro patas, pero ahora me he vuelto cauteloso. Me quedo en la parte más oscura del pinar. Los grupos de caza

locales todavía están fuera, recorriendo el bosque en busca de la «bestia» que mató a la pobre Alberta Bates. ¡Les deseo suerte!

26 de mayo de 1958: Esta mañana llamó un grupo de cazadores, pidiendo permiso para realizar una búsqueda en mis propias instalaciones. Por supuesto que accedí con entusiasmo. Me reí para mis adentros mientras los veía alejarse bajo la lluvia.

3 de junio de 1958: Los cazadores se han dado por vencidos. Dado que Alberta Bates no tenía parientes, no la extrañaremos por mucho tiempo. Soy consciente de una sensación de logro porque he burlado a los idiotas del pueblo.

10 de junio de 1958: Debo irme de Hemlock House de inmediato. Esta zona de oscuros bosques y lúgubres pastizales desiertos ha ejercido sobre mí una influencia maligna, una influencia tan poderosa que no puedo combatirla. Anoche (¡Dios me ayude!), maté de nuevo.

Había estado inquieto todo el día, pero logré controlar mis impulsos. Sin embargo, con la llegada de la noche y la aparición de una gran luna llena, las tensiones que desgarraban mis nervios se volvieron demasiado fuertes para resistir. Decidí, finalmente, que simplemente daría un paseo por el solitario camino de tierra que bordea gran parte de mi propiedad. Puedo decir con toda honestidad que esa era mi única intención. Razoné que el aire de la noche y el ejercicio disiparían gradualmente mi inquietud interna. Sentía que estaba llegando a un nivel peligroso.

Fue una hermosa noche. El camino era gris plateado bajo la luna.

Todo parecía tocado por un suave resplandor. Era un paisaje de encantadores sueños letales. Me di cuenta de una creciente excitación. Seguí dando vueltas para mirar hacia la luna.

Incluso entonces, nada podría haber sucedido si el vagabundo, Freddy Camberwell, no hubiera aparecido a la vista. Freddy es el borracho del pueblo, un tonto crónicamente enamorado pero de buen carácter que duerme en los establos, granjeros, y ocasionalmente hace trabajos para beber.

Llegó tambaleándose, hablando solo, cantando fragmentos de canciones. No hubo pensamiento, ninguna deliberación de mi parte. El encuentro fortuito parecía predestinado, fijado inexorablemente por aquella extraña luna plateada.

Poniéndome en cuatro patas, corrí por el camino directamente hacia él.

No me vio hasta que estuve a escasos metros de distancia. Me miró, se frotó los ojos, sin saber si yo era real o solo un fantasma nacido de la botella. Un instante antes de saltar, sus ojos se agrandaron y abrió su boca hinchada para gritar. Le desgarré el

cuello. Su grito salió como el balido de un conejo. La niebla roja se movió sobre mis ojos; había un zumbido en mis oídos y un gruñido loco y profundo que parecía estar escuchando desde muy lejos.

Más tarde, segundos, minutos, no tengo ni idea, la niebla se disipó y me encontré allí, encorvado a la luz plateada de la luna, empapado de sangre, ¡pero tranquilo, tan maravillosamente tranquilo! Miré la cosa debajo de mí sin interés. Estaba más terriblemente desgarrado que la anciana, pero no tenía ninguna duda de que el abrumador hedor a alcohol lo identificaría lo suficientemente rápido.

Nadie más se había movido a la vista en el camino. Esquivando rápidamente entre la maleza, crucé lotes de vuelta hacia Hemlock House. En el camino, vadeé varios metros a lo largo de un pequeño arroyo, deteniéndome lo suficiente para sumergir la cabeza en el agua y enjuagar la mayor parte de la sangre. Después de atar mi ropa en un pequeño bulto que enterré en el jardín, me acosté y dormí sin despertarme durante casi diez horas.

12 de junio de 1958: Juniper Hill se ha convertido en un campamento armado; partidas de caza recorren las colinas de todo el municipio. Como esperaba, los torpes perros pronto perdieron el rastro. Llegaron hasta el arroyo y luego simplemente se arremolinaron en confusión. El cuerpo no fue encontrado hasta media mañana, y para entonces el rastro estaba bastante frío. El sheriff Macelin me llamó para advertirme que «la cosa» podría estar escondida en algún lugar de mi propio bosque. He prometido quedarme o aventurarme a salir solo con una escopeta cargada.

Por supuesto que sería un tonto si dejara Hemlock House ahora. La sospecha se apegaría a mí de inmediato. Debo quedarme por un tiempo; no puede haber alternativa.

14 de junio de 1958: Los osos negros se están poniendo duros. Ya han matado a tres. Siento remordimiento por esto. En términos generales, son bestias bondadosas.

16 de junio de 1958: Si alguien alguna vez lee esto, ¡Dios no lo quiera!, supongo que esperará un informe sobre el crecimiento de pelo en mis piernas, un aumento repentino en la longitud de mis caninos, etc. Todo esto, por supuesto, son solo tonterías inventadas por escritores de ficción: adornos melodramáticos, nada más. Pero estoy convencido de que los hombres lobo como yo han existido durante siglos. Los campesinos acosados pueden haber inventado los detalles, pero ahora puedo ver claramente que existe una base sólida para las muchas leyendas que se han transmitido a lo largo de los siglos.

Debe haber habido muchos como yo. Los adornos externos inventados para el efecto no son nada comparados con los horrores ocultos que existen en las circunvoluciones invisibles de nuestros cerebros: ¡cerebros sujetos a quién sabe qué monstruosas

presiones, trastornos, enfermedades, corrupciones hereditarias!

18 de junio de 1958: Me alojo cerca de Hemlock House. Todavía no es seguro aventurarse en el bosque. Los aldeanos han matado a siete perros salvajes, un gato montés, un gran zorro gris y dos osos más. ¡No se ha visto ningún lobo!

22 de junio de 1958: Ayer, el correo trajo el volumen de Sabine Baring-Gould, El libro de los hombres lobo. Lo había pedido días atrás. Fue publicado en Londres en 1865 por Smith, Elder and Co. Debe ser bastante raro; tuve que pagar \$25 por esta copia en mal estado. El volumen es una mina de información fascinante. El autor escribe en su prefacio: «Cuando una forma de superstición prevalece en todas partes y en todas las épocas, debe descansar sobre un fundamento de hecho». ¡Cierto! ¡Cierto! No tengo ninguna duda de que mi propio caso se conservará en las leyendas de la licantropía. ¡Este diario lo lego a la posteridad!

25 de junio de 1958: ¡La locura vuelve a agitarse dentro de mí, destrozando mis nervios! Ya no siento remordimiento. En cualquier caso, los dos que he matado no tenían importancia para nadie excepto para ellos mismos.

26 de junio de 1958: ¡Ojalá esos tontos de Juniper Hill dejaran de vagar por el bosque! Pero creo que la fiebre de la caza finalmente está disminuyendo. Ellos también tienen sed de sangre. Han matado al menos veinte animales inocentes. Debo admitir que esto molesta un poco mi conciencia. ¡Estos cazadores locales son peores que yo! Maté sólo cuando una forma de locura me venció. ¡Ellos matan a sangre fría!

1 de julio de 1958: Tengo entendido que han salido del bosque las últimas «patrullas». Se ha abandonado la búsqueda de la «cosa». ¡Por fin!

3 de julio de 1958: Hoy regresé al pinar y corrí en cuatro patas.

Qué sentimiento de alivio, de liberación, de total abandono. El hambre de sangre está latiendo en mis venas de nuevo, pero debo tener cuidado. ¡Debo ser astuto, astuto como un lobo!

10 de julio de 1958: ¡Debo aniquilarme! ¡Estoy arruinado, total y eternamente! ¡He destruido a un joven inocente y estoy enfermo de remordimiento! Pero debo dejar constancia de los hechos.

A última hora de la tarde estaba vagando por los caminos no muy lejos del pueblo. Cuando llegué a una curva, noté a una niña pequeña, de seis o siete años, caminando, balanceando un balde. Me imagino que había estado recogiendo arándanos cerca del borde de la carretera y ahora regresaba a Juniper Hill. No puedo creer que le hubieran dado permiso para irse sola; probablemente había desobedecido y se había escabullido, riendo para sí misma mientras llenaba alegremente su pequeño balde con

arándanos maduros.

Traté de calmarme. De hecho, dejé de caminar, pero comencé a temblar y supe, ¡oh Dios!, que estaba perdido. El riesgo, la proximidad del pueblo, no hizo ninguna diferencia para mí. Presa de este espantoso impulso, parezco no tener control sobre mis propios movimientos; los centros superiores de mi cerebro se congelan en la insensibilidad. ¡En segundos era una bestia voraz que se precipitaba por la carretera en cuatro patas, mostrando los dientes para el golpe mortal!

No me escuchó. Salté sobre ella y le arranqué la garganta, y ni siquiera gritó. Tal vez estaba aturdida, incluso inconsciente, después de que la tirara al suelo. Lo espero fervientemente.

Todavía estaba gruñendo y cortando cuando, de alguna manera, un sonido penetró la pared de niebla roja que me rodea en estos momentos. Era el crujido de una carreta agrícola que subía por la carretera. Solo tuve unos segundos para agarrar a la chica muerta y saltar a la maleza al costado del camino. Lleno de horror, remordimiento y miedo, esperé mientras el carro pasaba traqueteando lentamente. Afortunadamente, el conductor miraba hacia adelante y no notó el charco de sangre fresca en el camino.

Tan pronto como lo perdí de vista, amontoné ramas y hojas muertas sobre el cuerpo de la niña y salí corriendo. No me atrevía a ser visto en las carreteras. Regresé dando un rodeo a través de bosques, campos y pantanos. Fue una prueba agotadora de cuatro horas.

15 de julio de 1958: El cuerpo de la niña, Debra Dorman, fue encontrado pocas horas después de su muerte. Un grupo de búsqueda notó sangre en el camino y rápidamente localizó el cadáver debajo de la pila de hojas donde lo había dejado. Los perros nuevamente resultaron inútiles, perdiendo mi rastro en un terreno pantanoso cercano. Pero Juniper Hill ahora está de un humor peligroso.

La mañana después de mi acto de infamia, el sheriff Macelin y algunos hombres a los que había delegado, llamaron a mi puerta. Al principio tenía miedo de que todo estuviera perdido, pero pronto descubrí que solo querían que me uniera a uno de los grupos de búsqueda que cazaban al «monstruo». Por supuesto que no me atreví a negarme. Durante la mayor parte de los tres días y noches siguientes participé de un grupo que vagaba por pantanos y matorrales en busca del «lobo loco», «la cosa», o como sea que lo llamaran en este momento.

Han llegado voluntarios de todo el condado. Las cacerías continúan sin descanso durante las 24hs. Finalmente fui relevado porque era evidente que debía dormir o caer exhausto. He dormido quince horas y me siento razonablemente descansado. Pero todavía estoy demasiado cansado para experimentar cualquier emoción. Soy lo que me he convertido. Tal vez pasará, existiendo finalmente solo como un mal recuerdo.

17 de julio de 1958: La «cacería de lobos» continúa, pero creo que algunos de los cazadores están acosados por una creciente sensación de inutilidad. Me uní a un grupo ayer por la tarde. Aunque pocos han expresado el pensamiento, creo que puede haber una creciente sospecha de que el «lobo» puede no ser un animal después de todo. Me burlé de esto, pero uno del grupo de búsqueda señaló que un lobo sin duda atacaría a las ovejas, las vacas y las cabras, así como a los seres humanos extraviados.

Por supuesto, no se ha encontrado ganado sacrificado, y este hecho está causando gran inquietud. Debería haber matado una o dos ovejas, solo por mantener las apariencias, pero tenía pocas ganas de matar animales domésticos. Ya es demasiado tarde, en cualquier caso.

Debo ser extremadamente cuidadoso. Recordé con un sobresalto que el Libro de los hombres lobo de Baring-Gould estaba sobre la mesa cuando llamaron el sheriff Macelin y los agentes. Aparentemente nadie notó el título.

20 de julio de 1958: Las cacerías continúan, tercamente, pero ahora nadie cree que el asesino sea encontrado por métodos rutinarios. Un deseo se agita dentro de mí para deslizarme en el bosque de pinos y correr en cuatro patas, pero no me atrevo. Los hombres armados, nunca solos, pueden encontrarse en cualquier lugar.

Nadie se aventura fuera del pueblo sin un arma. Por la noche los caminos están completamente desiertos, a excepción de una partida de caza ocasional.

Debo permanecer en Hemlock House, no importa cuán feroces sean los impulsos que me acosan.

24 de julio de 1958: ¡Todo ha terminado! No podía soportar más la intolerable tensión.

Un millar de demonios parecían estar revolviéndose dentro de mí, exigiendo liberación. Por fin sucumbí. Aun así, conservé suficiente sentido común para darme cuenta de que no debía deambular por las inmediaciones de Juniper Hill.

Alrededor del mediodía me subí a mi auto y conduje unas cuarenta millas hacia el norte. Alrededor de las tres aparqué a un lado de la carretera y comencé a caminar. El sendero pasaba por tierras de cultivo deterioradas y parches de bosque denso. Durante millas solo vi dos casas de campo, una de ellas, desierta y hundida en ruinas. No encontré un alma. Finalmente, hacia el anochecer, llegué a una especie de parque estatal.

Divisé un auto al costado del camino de tierra, en la maleza profunda. Inmediatamente supuse que debía contener dos amantes.

Poniéndome en cuatro patas, me metí entre los arbustos y avancé hacia el vehículo con el corazón palpitante. Cuando me levanté y miré por la ventanilla del coche, vi que estaba en lo cierto. Un hombre joven y una niña estaban encerrados en un fuerte abrazo.

¡La niebla roja nadaba ante mis ojos!

Saltando hacia adelante, abrí la puerta del auto. No puedo recordar todos los detalles. Sé que el joven trató de luchar, pero fue inútil. ¡Cuando la locura me invade, mi fuerza y mi furia igualan a las de cualquier bestia de la jungla! Lo arrastré fuera del auto, lo tiré al suelo y le clavé los dientes en el cuello. Su lucha frenética fue en vano. Todavía estaba desgarrando y cortando su cuello cuando recordé a la chica. Levantando la cabeza, escuché gritos y golpes en la maleza cercana. ¡Fui tras ella en un instante, gruñendo con renovada sed de sangre!

Justo cuando llegaba a la carretera, salté sobre ella. Se derrumbó, repentinamente muda e inmóvil por el terror. Mis dientes chorreantes estaban a solo pulgadas de su yugular cuando unas luces destellaron en el camino y escuché el sonido de voces.

Saltando, corrí a lo largo de la carretera, con la única intención de escapar.

Detrás de mí escuché un gran tumulto de gritos y órdenes salvajes.

Lo que siguió fue una pesadilla. Una docena de veces me vi obligado a salirme del camino y esconderme en la maleza. Por pura suerte llegué a mi coche antes de que lo localizaran. Me alejé imprudentemente, limpiándome la sangre de la cara a medida que avanzaba. Pero cuando pasé por un cruce, los faros iluminaron la forma de un hombre, un granjero local, supongo, caminando. Levantó la vista, sobresaltado, y luego, maldita sea su alma, miró mi matrícula. Si recordaba los números, todo habría terminado.

Lo que narro a continuación sucedió ayer. Ahora es por la tarde. He bloqueado las puertas de abajo. Temo lo peor. Si tan solo me hubiera detenido el tiempo suficiente para matar tanto a la chica como a ese tonto granjero...

Temo que ella pueda describirme y que él informe mi número de matrícula.

¡Cualquiera de los dos podría arruinarme!

¡Deben haberme rastreado! Una multitud se está reuniendo alrededor de la casa. Puedo escuchar golpes cuando las rocas son arrojadas a través de las ventanas. Alguien me está llamando a rendirme. ¡No saldré! Esa turba me hará pedazos.

El sheriff Macelin grita que me protegerá si me rindo. ¡La multitud está gritando!

Estoy tentado de salir corriendo y desgarrar algunas gargantas más antes de caer.

¡No puedo respirar! ¡El gas lacrimógeno está inundando la habitación! Debo...

Nota: Gracias a los heroicos esfuerzos del sheriff Macelin y sus adjuntos, el demonio que escribió lo anterior finalmente fue rescatado de la turba de linchamiento y llevado a toda prisa a la cárcel en otro municipio. Aunque posteriormente la fiscalía exigió con vehemencia la pena de muerte, la introducción del diario del monstruo por parte de la defensa no dejó ninguna duda en la mente de los miembros del jurado de que su autor estaba irremediablemente loco. El innombrable carnicero fue internado de por vida en una institución para criminales dementes. Dios quiera que permanezca allí.